**MATÍAS**

**I.**

*“Déchouquage”,* fue la primera palabra que Matías conoció de la lengua creole. Su asistente conducía lentamente a través de un enjambre de vehículos diversos: automóviles nuevos, antiguos, lujosos, destartalados; triciclos, carretillas, motos, furgones, camiones*, tap-tap.* Transeúntes que pululaban, mendigos y ambulantes que tocaban el vidrio de la ventana de la camioneta y un sol febril en un cielo azul vibrante y completamente despejado. Matías no se reponía aún del impacto que le causó su primera llegada al aeropuerto Toussaint Louverture de Puerto Príncipe. En su mente se representaban las imágenes de la sala de llegadas y partidas confundidas, donde se mezclaba el bullicio de los pasajeros que arribaban, cargados de maletas, cajas y paquetes, los familiares que los recibían con lágrimas en los ojos y gestos de alegría, con la tristeza de los que partían, despidiéndose de una nube de familiares y con la inconfundible caja de ron *Barbancourt* en la mano. Observó a un grupo de políticos, finamente vestidos, recibidos por un séquito de funcionarios que se esmeraban por llevar sus valijas y hacer los trámites de aduanas y migración lo más ágil posible. Expertos de organizaciones internacionales, con trajes de lino, saharianas y pañuelos de seda envueltos en el cuello, aguardaban a sus anfitriones, buscando con ansias sus nombres sobre los carteles, bellamente dibujados, que portaban chóferes uniformados. Misioneros, sacerdotes y pastores eran esperados por grupos de feligreses que entonaban cánticos religiosos. Los comerciantes querían a toda costa pasar los primeros por la aduana y buscaban al oficial amigo que debía ayudarlos a franquear su mercancía de contrabando. Todo en el marco de la alegre y contagiosa música que tocaba una banda que recibía con aires de “*Kompá*” a los recién llegados. Los agentes de aduana no se daban abasto para revisar los equipajes y a grandes voces pedían hacer fila y tener paciencia. Los guardias de seguridad, impasibles, se dedicaban a dar vueltas por el corredor sin intervenir y al acecho de alguna participación rentable con los agentes de aduana. Una señora traía de Estados Unidos una enorme sandía que cargaba con gran esfuerzo y la trataba como un tesoro. En ese tiempo había dos vuelos diarios de Miami a Puerto Príncipe, en aviones para doscientas personas o más, que siempre partían y regresaban repletos. Haití tenía seis millones de habitantes, además del millón de haitianos residentes en los Estados Unidos. El ambiente era de algarabía, el calor, el remolino de los olores y la muchedumbre eran insoportables. Los turistas, pocos, miraban asombrados el escenario sin saber qué actitud adoptar: temor, alegría, interés, sin embargo, lo que primaba era el desconcierto. Matías se abrió paso entre el tumulto, cogió su maleta como pudo y mostrando su pasaporte diplomático atravesó presuroso todos los controles. Al exterior, los maleteros se peleaban los equipajes y los cargadores ofrecían a gritos sus carretas y hombros para transportar los equipajes.

Un solitario señor Maudé lo aguardaba con paciencia a la salida del aeropuerto, no entró a esperarlo en la zona de equipajes porque era respetuoso de las normas y no se valía nunca de subterfugios para sacar provecho de su uniforme de chofer de Naciones Unidas. Se presentó, lo saludó cordialmente, le señaló que había sido designado para recibirlo, llevarlo al hotel, acompañarlo y asistirlo durante su misión, luego le deseó, con cortesía, una buena estadía en Haití. Salieron del aeropuerto a través de una calle con grandes árboles, buganvillas, palmeras y jardines muy bien conservados, tomaron una ancha avenida adoquinada hasta llegar a una plaza circular, una rotonda, que tenía al centro un enorme globo terráqueo tejido con finas placas de metal sostenido por tres gruesas e imponentes manos, la plaza Trois Mains. A través del Boulevard Toussaint Louverture llegaron a la avenida Delmas, con dos pistas divididas por un pequeño sardinel que fungía de berma.

Matías, ensimismado, observaba el movimiento de la ciudad. Lo primero que llamó su atención fueron los *tap-tap*, vehículos de transporte colectivo, en realidad camionetas pick-up con la tolva techada y acondicionada con bancas de madera para transportar 14 pasajeros, que se desplazaban sinuosos, les tocaban la bocina, los pasaban, los cerraban, los empujaban hacia un lado y se detenían en cualquier lugar para dejar o recoger a sus pasajeros, interrumpiendo el tráfico sin miramiento alguno. Cobraban el pasaje al descender los pasajeros, entablándose, en medio de la calle, discusiones y negociaciones, ante la mirada paciente y angustiada de los choferes de los vehículos que esperaban seguir su ruta. Eran enormes monstruos, con pinturas multicolores de personajes famosos, deportistas, santos, políticos, artistas de cine, escenas religiosas, campestres, urbanas, que transitaban atiborrados emitiendo música de todo tipo que lo único que tenían en común era ser ensordecedoras. La gente atestaba las veredas, invadía el pavimento, lidiaba para subir a los vehículos. Vendedores ambulantes ofrecía mercancías diversas, desde pequeñas avecillas multicolores de trino apacible, hasta colgadores de ropa hecha con alambre, pasando por bolsas de plástico llenas de agua y refrescos, comidas y bebidas de todo tipo, accesorios de automóviles, plumillas para el limpia-parabrisas, tapas del tanque de gasolina. Los mendigos pululaban buscando un rostro condescendiente que se animara con una limosna. Motos con dos o tres pasajeros competían con camiones, automóviles y camionetas en hacer el sonido más hiriente. Las motos tenían instaladas bocinas que emitían el sonido de grandes camiones, haciéndose presente en el gran concierto urbano de sonidos estridentes. Niños mendigos pegaban su rostro implorante al vidrio de la ventana del vehículo, luego, después de la negativa del pasajero, se retiraban saltando y jugueteando, transformando el gesto triste en una sonrisa tranquila. Un grupo de niños, con uniformes impecables, de vivos y bien combinados colores, seguían a su profesora con orden y obediencia. Un pequeño perrito con una pata rota se desplazaba a saltos por la vereda, se detenía después de unos metros, miraba a todos lados y luego seguía su marcha. Puestos de comida en cada espacio posible ofrecían al paso, buñuelos, pollo dorado, empanadas, bananos y papas fritas. Esbeltas mujeres, avanzaban con sus mercancías en canastas que llevaban sobre sus cabezas, ofrecían frejoles blancos, negros, maíz, arroz, que vendían al detalle usando latas oxidadas como medida.

Un joven llevaba entre sus manos un enorme cono invertido de cartón, debía tener al menos un metro de altura, sostenido dentro de un balde de plástico. Del cono colgaban toda suerte de medicamentos, tabletas ungüentos, jarabes. Las medicinas estaban ordenadas de forma armoniosa, tabletas verdes cerca a las amarillas; cajas rojas de siropes, colocadas al centros, formando un circulo, que a su vez era adornado con tabletas azules y frascos con etiquetas naranja. Las pastillas celestes, junto con las capsulas blancas, formaban un remanso en ese cuadro decorativo, un collage se diría, de esa farmacia ambulante que vagaba por las calles llevando salud a la población.

Un hombre empujaba una carretilla llena de cañas de azúcar, algunas ya sin corteza, que eran ofrecidas por trozos a los transeúntes. Puestos de ropa usada, muy bien acomodada en colgadores y clasificada según el tipo de prenda esperaban a los clientes. Mujeres sentadas bajo sombrillas de sol, vendían panes acomodados dentro de bolsas plásticas. Sobre la izquierda, apareció un taller de muebles de fierro, que exhibía sus productos apretujados sobre la vereda. Puestos de lotería, “Loto”, “Bank”, decían los letreros. Tiendas de ropa, peluquerías, salones de belleza, puestos de reparación de aparatos eléctricos, todo se juntaba en un caos ordenado, donde se tenía la impresión que un orden dispar había dispuesto los elementos. El comercio informal se había apoderado de la ciudad y ejercía su tiranía con desparpajo, sin piedad. Matías veía ese movimiento, ese desorden, esa mezcla de actividades, ese bullicio, sin embargo, tenía la impresión que funcionaba, que cada uno tenía asignado un rol que lo desempeñaba a cabalidad.

Los rostros de la gente eran alegres, sin cuidado, no había rencor, tristeza o preocupación en sus semblantes. Parecía que llevaban la vida con tranquilidad, sin apuro, tal vez sin esperanza. El tiempo, en Puerto Príncipe, tenía otra dimensión, avanzaba sin premura, indiferente, pasivo.